



Alegato: “La muerte y la vida y solo yo.”

Autor e interprete: Jorge R. Olivera
Fiscal Lina Wallheimer

“Un relato crudo y único de un sobreviviente de la sangrienta, inhumana, perversa y macabra dictadura de los setenta. Donde nos transmite el testimonio de su secuestro y cautiverio. Compartiendo con los presentes el registro de su memoria y sufrimientos. Quedando a la espera del veredicto del jurado, que declare culpable a sus torturadores.”

Fiscal: Buenas tardes señores jueces, miembros del tribunal y colegas de la defensa y las partes querellantes, la fiscalía cito en el día de la fecha para que brinde su alegato al Sr. Jorge Leguizamón, víctima de secuestro y tortura por parte del Terrorismo de Estado. El testimonio que vamos a escuchar da cuenta de las atrocidades cometidas durante esos años, los más oscuros de la historia contemporánea de nuestro país.

Fiscal: Que pase el Sr. Leguizamón.

Fiscal: Buenas tardes Sr. Leguizamón, voy a efectuar algunas preguntas para dar inicio a su alegato.

Sr. Leguizamón: Buenas tardes señores Jueces y Sra. Fiscal, haga las preguntas que crea pertinente. Responderé bajo juramento de decir toda la verdad.

Fiscal: ¿Usted recuerda la fecha en la que ocurrieron los hechos investigados?

Sr. Leguizamón: Sí, fue en la madrugada del 11 de enero de 1977.

Fiscal: ¿Cuál era su profesión al momento del secuestro?

Sr. Leguizamón: Era contador público y estaba a cargo de un estudio de auditoría contable.

Fiscal: ¿recuerda cuantas personas irrumpieron en su domicilio?

Sr. Leguizamón: Si, cuando franquee la entrada había dos personas, dos más atrás y en los vehículos, varias otras.

Fiscal: ¿Recuerda cómo estaban vestidos? ¿De civil o con uniforme?

Sr. Leguizamón: Las dos personas que franquearon la puerta estaban de civil, el resto con ropas del Ejército argentino

Fiscal: ¿Supo del secuestro de otros compañeros de militancia?

Sr. Leguizamón: Sí, esa misma noche, hubo cuatro secuestros de compañeros de la militancia.

Fiscal: ¿Nos puede decir cuánto duro su cautiverio?

Sr. Leguizamón: Si duró cinco años, once meses y veintidós días.

Fiscal: ¿Reconoce en esta sala de audiencias a alguno de sus secuestradores?

Sr. Leguizamón: Sí, está sentados aquí a mi izquierda

Fiscal: Señores jueces no hare más preguntas por el momento, solo pedirle al testigo que formule su alegato.

Sr. Leguizamón.

Señores jueces, señores y señora fiscales, señoras abogadas y señores abogados de ambas partes, público en general. Voy a dar testimonio a continuación, de una parte, dura, dolorosa y de alta crueldad en mi vida

Desde los primeros momentos, de mi secuestro. Estuve trabajando la resiliencia.

Por instantes, sentía que era el final de las fuerzas físicas, psicológicas, morales y religiosas.





Por algunos períodos reparé, en que perdí todo interés por seguir vivo.

Solo me mantuvo el deseo de que ese calvario termine y en el final comience una nueva vida.

El haber leído a Primo Levi (sobreviviente de Auschwitz), me permitió sostener las largas jornadas

– día – noche – día –, muerte y vida...

-La patota irrumpió en casa, en aquella madrugada del 11 de enero de 1977. Solo oír el timbre. Y por el estado de alerta militante. Salté de la cama.

Los niños dormían en su cuarto. Le tuve que tapar la boca a mi compañera que lloraba y gritaba.

No quería que nuestros hijos se despertaran.

Decidí entregarme solo.

Para que ellos no corrieran riesgos.

Era un canje: “mi vida o la de mi familia”. No dudé.

Ante el horror y el llanto contenido por ambos. Fui hacia el frente. Cuando ya el timbre se había convertido en zarandeos y culatazos contra la puerta.

Grité ¡ahí voy!... y franqueé la entrada. De una fuerte patada al pecho fui derribado de espaldas. Dos individuos me dieron vuelta y me esposaron.

Luego, a los gritos de: ¡cerrá los ojos!, ¡no nos mirés! Me pisotearon y me encapucharon.

A partir de ahí. Fui arrojado al piso de un vehículo. Sentía los borcegos de los guardias sobre mi cuerpo.

Desde los primeros instantes traté de guardar en la memoria el camino emprendido. Conocía cada vericuetto de las calles, los cruces de los pasos a niveles de los ferrocarriles, y los sonidos del despertar de la urbe.

Pero me duró poco.

El peso de las botas sobre mi cuello me hizo perder el conocimiento.

Durante mucho tiempo fui torturado, vilipendiado. Denigrado a lo mínimo hasta sentirme subhumano.

Estrujaron mi corazón, atontando mis latidos.

Yací. Permanecí.

Creo que me salvó el alto conocimiento que tenía de la contabilidad, de la administración y de la “jerga militar”.

Sagazmente se los hice saber a mis captores, en un alto, entre picanas y golpes.

Quería dejar de seguir descendiendo hacia el abismo y aferrarme a una tabla de salvación.

Les sorprendió a los milicos mis nociones sobre el manejo de un regimiento.

Durante la colimba me desempeñé como Detall o Furriel – era un encargado de las labores burocráticas del cuartel.

Esto me permitió. Como a un jugador de ajedrez que siente pérdida la partida, por un mal movimiento en la apertura. Pasar al ataque en el medio juego, por un error o ineptitud del contrincante. Poder estabilizarla, esperando el abierto final.

Pasé a llevar las cuentas de los ingresos y egresos, de todo lo que pasaba por el campo de detención forzada.

Pude saber los minutos, horas, días, semanas, meses y años que duraba mi calvario.

Guardé cada registro en mi memoria y logré -no sin martirio - sobrevivir a ese infierno.

Por épocas. Las pesadillas me acompañan y me atormentan. Duermo sobresaltado.

Escucho los culatazos y patadas en la puerta de mi antigua casa.

Poco a poco me estoy sobreponiendo...

Ahora, bien...





Señores jueces. Por un momento, permítanme salirme de mis cabales, Me he juramentado no tener odio. No tener rencor.

Me prometí no llorar

Pero los veo ahí, sentados a mis torturadores. Y no puedo dejar de gritarles:

¡Hijos de ...!., ¡Hijos de remil...!

Fiscal: Señor Leguizamón , se encuentra bien, quiere un vaso de agua, puede proseguir.

Sr. Leguizamón: ¡Sin embargo, no! ¡No voy a llorar ahora!

¡No voy a echarle las culpas a sus padres!

¡Son ustedes unos espermatozoides, que no debieron haber sido concebidos!

Pido disculpas.

No volverá a ocurrir.

Pero, quiero que oigan todos:

Me robaron la vida.

Perdí mi casa. Me la usurparon ellos.

Perdí a muchos amigos.

Perdí el trabajo.

Perdí o se alejaron algunos parientes.

Y aún resuena en mis oídos como un repique insoportable. Aquello de “¡Por algo será!” ...

Y ellos, ellos están aquí. Con sus abogados. Esperando y exigiendo de una justicia parcial.

Que los trate como inocentes o unos culpables menores.

¡Pero no!!!

¡Son culpables atroces!!!

Ellos fueron responsables de mi destrucción como persona y de miles más.

¡Señores Jueces, está en ustedes decidir si la partida, la ganan las blancas o la ganan las negras! ¡Espero confiado el veredicto del jurado, y de acuerdo con ello, sabré si aún estoy vivo!

Nada más

Fiscal: Señores jueces antes que nada quiero agradecer al Sr. Leguizamón por haber venido a prestar su alegato nuevamente y solicito a los integrantes del tribunal que los imputados sean condenados con todo el peso de la ley, con la absoluta certeza de que esta condena a genocidas construye y afianza la memoria colectiva de nuestra sociedad. Porque ello, será justicia.

- FIN -

